

Aforismos o canciones

Por lo demás, el mismo Juan Ramón relacionaba la escritura aforística con la del verso. Así, por ejemplo, en el aforismo número 2.617: «Cuando escribo un aforismo o una canción he eliminado antes, en mi pensamiento o en mi instinto, todo lo innecesario, que es lo que vosotros aprovecháis largo, huecos, injeniosos». Se refiere al método depurador interno previo a la escritura, que tenía más tarde su continuación en las correcciones hasta conseguir la exactitud de ese pensamiento.

Un solo método bastaba para toda la variedad de la Obra, que es medularmente poética. Por ello resulta a menudo intercambiable en sus géneros, como antes se dijo. Ahora nos interesa detenernos en la relación establecida entre el aforismo y la canción, con objeto de interpretar mejor su intimidad en el orden creador.

A partir de *Estío (A punta de espina)*, escrito en 1915, se introducen en la poesía juanramoniana poemas muy breves, en principio de cuatro versos, y continúan en los libros siguientes, hasta culminar en la edición antológica de *Canción* (1936). Muchos de ellos parecen sentencias que sólo se distinguen de los aforismos por hallarse sus palabras separadas en los versos. Por ejemplo, el poema 17 de *Estío*, puesto en prosa podría pasar a *Ideología*:

COJE, cada día nuevo,
tu alma de lo que viene
tras de ti. ¡Siempre rocío
o la hoja siempre verde!

O el poema 49 del *Diario de un poeta recién casado*, sin título:

¡ESTELA verde y blanca,
memoria de la mar!

Hagamos la experiencia de poner en prosa algunos de esos poemas cortos, pertenecientes a los libros impresos en la época señalada, para leerlos como si fueran aforismos. El «Epitafio de mí, vivo», de *Eternidades* (1918), dice así: «Mori en el sueño. Resucité en la vida». La conocidísima definición de «El poema» según se apunta en *Piedra y cielo* (1919), queda así: «¡No le toques ya más, que así es la rosa!». En *Poesía* (1923) reconvertimos «Inmortalidad» de esta manera: «Tú, palabra de mi

boca, animada de este sentido que te doy, te haces mi cuerpo con mi alma». Por último, «21 de octubre», poema perteneciente a *Belleza* (1923), se transforma de este modo: «¡No sois vosotras, dulces, bellas ramas rojas, las que os mecéis al viento último; es mi alma!».

Se nos puede objetar que en los poemas predomina el sentimiento sobre el pensamiento, mientras que en los aforismos sucede lo contrario. Esta regla es la lógica, pero no siempre se ajusta a la realidad de la escritura juanramoniana, ya que tan lírico es un poema como un aforismo, y desde la incorporación del verso desnudo o libre ya la forma dejó de resultar significativa.

Parece incuestionable que el sentimiento prima sobre el pensamiento en un aforismo como el número 981: «¡Alma mía, espejo en la sombra, que, donde quiera que esté, cojes la luz!». O como el 1.671: «¡Lo que se ve, alma mía, hojita tierna, por ti, al sol!». Ambos se encuadran en la misma línea que muchos poemillas de ese periodo, como el 111 de *Eternidades*, titulado «Joya», que dice:

¡ALMA mía en dolor
—¡que brillos misteriosos!—,
oro en la sombra!

Creemos que los tres textos manifiestan sentimientos semejantes, con referencias iguales de luces y sombras en relación con el alma del poeta. Los aforismos son tan hijos del sentimiento como el poemilla, modulados los tres por el pensamiento.

Vamos a intentar ahora la prueba contraria, colocando en verso algún aforismo. Valga el número 950, titulado «Paralelo»:

¡TIEMPO, tiempo maldito,
paralelo del deleite,
pasadero como él!

El primer verso cuenta siete sílabas, el segundo ocho, y el tercero otras ocho al aplicarle el hiato por llevar el acento de intensidad en la última sílaba. Pero la igualdad de las dos palabras separadas por la coma en el primero obliga a prolongar la pausa, de modo que en la lectura se alinea bien junto a los octosílabos.

Pongamos en dos versos de nueve sílabas cada uno, contadas con las sinalefas pertinentes, el aforismo 2.505, y comprobemos que no desdice de los poemillas copiados antes:

¡QUE la rosa, Diana desnuda,
no pueda ir, como tú, a bañarse!

Dejamos el experimento. Pero debemos señalar que Juan Ramón equiparó aforismo y poema. Fechado el 17 de enero de 1916, el segundo poema del *Diario de un poeta recién casado* dice escuetamente: «Raíces y alas. Pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen». En *Ideología* se convierte en el aforismo número 215, que en la impresión contiene una errata considerable, según se comprueba al examinar la reproducción de una página escrita a máquina con correcciones manuscritas del poeta, enfrentada a la que incluye el texto impreso, y también su reseña en el índice. Copiado como parece correcto, el aforismo dice: «Raíces y alas; pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen», esto es, igual que el breve poema, sin otra variación que cambiar el punto por un punto y coma.

La unidad de la Obra se patentiza así, al mismo tiempo que demuestra la pequenez de la corrección introducida sobre un texto ya impreso con anterioridad: sólo cambia un signo de puntuación, que no modifica nada.

Filósofo y crítico

Fue el mismo Juan Ramón Jiménez quien estableció las diferencias entre las diversas facetas de su personalidad como escritor, concretamente en el aforismo 889: «Cantor lírico y metafísico; prosista descriptivo y psicólogo; aforista filósofo y crítico». Sería así, de poder marcar tan concretamente las fases y sus ejecuciones, cosa más que discutible, sobre todo en su caso, porque el poeta lírico habla del hombre, por regla general de sí mismo, de modo que se inserta en la metafísica, mientras que el aforista medita sobre todo lo divino y lo humano: es filósofo, porque ama el conocimiento y quiere alcanzarlo reflexionando acerca de las cosas por medio de la escritura.

Se trata de una división teórica, referida a la intencionalidad de los textos, y que deja sin especificar qué es un prosista, puesto que en prosa escriben poetas, narradores, ensayistas, críticos, etc., y también Juan Ramón cultivó esas variantes y recibe tales nombres.

Por lo que respecta a los temas, resumiremos diciendo que en los aforismos aparecen todos los poéticos: la

vida como autobiografía, la Obra como autocrítica, la mujer como amor, la muerte como destino, el tiempo como enemigo, la religión como conocimiento, la política como actividad social, la crítica como actividad literaria, la estética como norma, etc.

A partir de ahora será factible estructurar la ideología juanramoniana de acuerdo con esta edición. Las series en que se clasifican los aforismos en el libro son correctas, pero invitan a hacer mayores divisiones para ordenarlos específicamente. Así, por ejemplo, convendrá entresacar series sobre poesía pura, poesía de vanguardia, poesía ideológica, poesía en prosa y en verso con subclasificaciones acerca de las variadas estrofas posibles, y tantas cosas más solamente en el apartado de la poesía.

Hubiera sido muy útil en este volumen un índice de personas citadas. Encontramos comentarios sobre escritores, artistas y personajes de varias épocas y de varios países. Comprobamos una vez más la certeza de sus críticas, en algunos casos mordaz, en otros hiriente, en muchos laudatoria. Las referencias a escritores contemporáneos son muchas, pero no faltan a los antiguos. En este aspecto, *Ideología* contiene una muy sucinta historia crítica de la literatura universal, desde los griegos clásicos hasta hoy.

En cuanto a las confesiones autobiográficas, los aforismos inéditos hasta ahora no aportan en realidad ningún dato desconocido, pero ayudan a comprender la compleja personalidad juanramoniana de poeta por excelencia, con sus enfermedades, sus obsesiones, sus manías, sus devociones, sus amores... Se nos describe segregando infinito o chorreando belleza, como un creador sin escape en la aventura cotidiana de escribir para vencer a la nada de la muerte mediante la Obra, en una impresionante tarea intelectual y vital que no conoce parangón en la historia.

Concluida esa tarea por intervención de la muerte, el poeta ha sobrevivido en su eternización. Ahora es cuando hemos de estudiar la Obra, según el mismo Juan Ramón deseaba: «De una obra poética, como de un monumento cualquiera, no debiera hablarse ni, sobre todo, escribirse hasta que estuviese terminada», reclama el aforismo 1.202. Tiene razón en su caso, dado que consideraba la Obra como un todo unitario, del que cada libro como cada escrito es sólo un fragmento del total. Gracias a Antonio Sánchez Romeralo disponemos ya de un

volumen con sus aforismos prácticamente completos. Es el momento, pues, de escribir sobre ellos, pero considerándolos una parte de la Obra y relacionándoles con el resto.

Hemos dado un primer paso con este comentario sobre *Ideología*, que reconocemos muy corto. Pero es que su examen detenido requerirá varios volúmenes tan gruesos como éste para ser eficaz.

Arturo del Villar

Gabriel García Márquez: el mediador de realidades

La editorial Mondadori acaba de editar las primeras colaboraciones periodísticas de García Márquez en un tomo titulado *Textos costeños*, que recoge todos los artí-

culos del novelista escritos entre 1948 y 1952 en los diarios *El Universal*, de Cartagena y *El Heraldo*, de Barranquilla. El volumen es exactamente el mismo que el que la editorial Bruquera, y bajo el mismo título, en su colección Narradores de Hoy, publicó en 1981. Mondadori, al respetar íntegramente aquella edición, incluye, por tanto, un extenso y orientador prólogo de Jacques Gilard, en el que relaciona adecuadamente la biografía del colombiano con sus intereses literarios de aquellos años y los cambios políticos de entonces. Además, Gilard estudia el proceso periodístico de García Márquez, sus cambios estilísticos y temáticos desde su inicial y corta etapa en *El Universal* (1948-1949) hasta la más dilatada y rica de *El Heraldo* (1950-1952). Mondadori, sin lugar a dudas, nos entrega ahora un libro necesario por los motivos que trataré de mostrar.

Uno de los hechos más comunes del escritor en la modernidad y, sobre todo en nuestro siglo, es su participación en los medios de comunicación de masas y, muy particularmente, en el periódico. Sin embargo, esta participación no tiene en todos los escritores el mismo carácter: la actitud frente a la página en blanco y la intencionalidad varían, según los casos, sustancialmente. Tenemos, por un lado, al escritor que ejerce abiertamente de periodista, apretándose cuerpo a cuerpo a la realidad más inmediata, persiguiendo con descaro su fugacidad, interesándole exclusivamente dar la noticia del momento, sea o no significativa, pero que el público pide, y olvidándose de su tono y su mundo personal. Así pues, en este caso, el escritor deja de serlo: las palabras no son suyas porque con ellas no crea sino que repite el mundo. Por otro lado, tenemos al escritor anfibio, que, no alejándose de la inmediatez, tampoco abandona totalmente su personalidad, dándose a la opinión de la noticia que más le atraiga. Por último, está quien no renuncia un ápice a su condición de escritor y el periódico para él es una vía más de expresión, un espacio propicio para la reflexión y la invención que, aunque necesariamente breves, delata con claridad los recursos del autor y sus obsesiones. Este tipo de texto no se dirige al público habitual de periódico, sino que es buscado por el lector de literatura. Estos textos, más que reclamar público, dan densidad y prestigio al periódico. El escritor, en este caso, sí está creando realidad, añadién-